

MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9.

1952.

L47 - 5099



46244  
W. 257  
3. p. 58.

# LA JARDINERA,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR DON FRANCISCO CAMPRDON,

PUESTA EN MÚSICA

POR

DON MANUEL CABALLEAO.

2164



MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9.

1857.

LA JARDINERA

LIBRO DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID  
ADQUISICION DE LA BIBLIOTECA  
POR DON FRANCISCO CAMPRON

*La propiedad del libreto de esta zarzuela, la de Los Diamantes de la Corona, El Dominó Azul, Guerra á Muerte, Marina, El Vizconde, El Diablo en el Poder, El Lancero, Juan Lanas y El Relámpago, y la de los dramas Flor de un día, Espinas de una flor, Libertinaje y pasión y una Ráfaga, pertenecen á D. Francisco Camprdon, y nadie podrá sin su permiso reimprimirlas ni representarlas en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y las suyas.*

*Los corresponsales del Sr. Gullon, editor de la Galeria lirico-dramática EL TEATRO, son los encargados exclusivos de su venta y cobro de derechos de representacion en dichos puntos.*

UNIVERSIDAD DE MADRID  
BIBLIOTECA DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID  
ADQUISICION DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

PERSONAS ACTORES

A LA EXCELENTISIMA

Sra. Condesa del Castella.

SU MEJOR AMIGO

El Autor.

ESCENA

INTRODUCCION

La escena pasa en Ydicesa, Reino de Fez y  
 Muñ. Yo no podré resistir más.  
 Cas. La que yo quiero es la muerte.  
 Muñ. Pues cuál es el que quieres?  
 Cas. La que me quieras dar.  
 Muñ. Procura que sea la vida.

## PERSONAS.

## ACTORES.

MARIA, jardinera.....	STA. MURILLO.
TERESA, dueña de la huerta.....	STA. FERNANDEZ.
EL CONDE DE ONTE- NIENTE.....	SR. SALAS.
ERNESTO DE ALVEAR, marqués de Segorbe y capitan de caballeria ..	SR. SALCES.
BLAS, artesano.....	SR. CALTAÑAZOR.
UN CABALLERO.....	SR. FERNANDEZ.
UN CRIADO.....	SR. ARDERIUS.
UNA JARDINERA.....	STA. N. N.
Caballeros, jardineras hortelanos.	ó ramilletteras, artesanos y

La escena pasa en Valencia, reinado de Felipe V.

## ACTO PRIMERO.

El teatro representa una plaza de Valencia. A la izquierda del actor, fachada del palacio del Conde de Onteniente, con puerta grande y un balcon saliente y practicable. A la derecha puerta de una huerta con tapia, enfrente de la puerta puestos de flores de quita y pon. Al lado de la puerta, una capilla de San Vicente con un farol encendido.

### ESCENA PRIMERA.

*Aparecen muchachas vendiendo flores, y caballeros galanteándolas.*

#### INTRODUCCION.

- CAB. ? Ramilletera valencianita,  
de tez mas fresca que el mes de abril,  
de buena gana te compraria  
todas las flores de tu jardin.
- MUJ Vos no podriais con todas ellas,  
compradme solo las que hay aqui.
- CAB. La que yo quiero no está en la muestra.
- MUJ. ¿Pues cuál es esa que preferis?
- CAB. La flor que nace de una caricia,  
de tu boquita de serafin.
- MUJ. Precisamente esa es la sola.

que no se vende de mi jardín.  
CAB. Entre flores hechiceras  
la mejor es esa á fé,  
pónla el precio que tú quieras,  
que yo te la compraré.

Ya verás,  
ya verás  
si tendrás  
galardon.  
Doy por ella,  
niña bella,  
cuanto halague tu ambicion.

MUJ. Esa flor es delicada,  
y en tocándola una vez  
queda mustia y deshojada  
y no vuelve á florecer.

Por acá  
no se da  
por ningun  
galardon,  
si no deja  
por pareja  
el galan su corazon.

### ESCENA III.

DICHAS y MARIA con una cesta de dalias.

MARIA. Mas frescas que el rocío  
de la mañana,  
galantes caballeros,  
vendo mis dalias.

CAB. Robáronles sus tintas,  
niña galana,  
tus labios hechiceros  
de nieve y grana.

MARIA. Gracias, señores,  
por la bondad,  
nada han perdido,  
ved como estan.  
Si alguna hermosura  
os mueve querella,

no habeis á la bella  
sin darle una flor:  
trocad su fragante  
perfume hechicero,  
por un lisonjero  
suspiro de amor.  
Vengan al punto,  
tienes razon,  
que con las flores  
entra el amor. (*Toman todos los ramos.*)

MARIA y CORO.

Si las rosas en flor dicen  
que es primavera,  
unas dalias en el moño  
dicen, Valencia.  
Nacieron ¡ay!  
para morir  
en la trenzas de las niñas  
de este pais.

UN CAB. ¿Dónde has aprendido, niña, (*A Maria.*)  
ese canto tan gracioso  
y esas maneras tan finas?

MARIA. Las da la tierra.

CAB. ¿Pues cómo  
no las tienen las demas?

MARIA. Será por los buenos ojos  
conque me mirais.

CAB. ¿Dime, eres  
agradecida?

MARIA. Muy poco.

CAB. ¿Haces alarde de ingrata?

MARIA. Asi lo quiere mi novio.

CAB. ¿Y haces todo lo que él quiere?

MARIA. Suelo complacerle en todo.

CAB. ¿Y le quieres?

MARIA. Un poquillo.

CAB. ¿Y le eres fiel?

MARIA. Como el oro.

CAB. Mucho envidia su fortuna.

MARIA. Si es casi menesteroso.

- CAB. Si tú quisieras...  
MARIA. No quiero.  
CAB. ¿Ya sabes qué?  
MARIA. Lo supongo.  
CAB. ¡Muy pronto has adivinado!  
MARIA. Es que mi padre era astrólogo.  
CAB. ¡Qué duendes son tus ojos!  
MARIA. ¿Y os venis sin un hisopo?  
CAB. Deliciosa jardinera.  
MARIA. Caballero delicioso.  
CAB. Alójame.  
MARIA. Si no hay donde,  
lo tengo ocupado todo.  
CAB. Poco tienes de largueza.  
MARIA. Menos teneis vos de corto.  
CAB. Dios te haga mas cariñosa.  
MARIA. Y á vos menos cariñoso.  
(*Vánse los caballeros.*)

### ESCENA III.

- (*TERESA, MARIA, y muchachas.*)  
TER. Basta por hoy de vender,  
pues se fueron los señores,  
retirad los mostradores  
que empieza ya á anoecer.  
¿Qué tal venta? (*A Maria.*)  
MARIA. Cesta entera:  
ved, no ha quedado una flor.  
TER. Como escoges lo mejor...  
MARIA. Pues escogí la postrera.  
TER. ¿Y eso qué tiene que ver?  
MARIA. Nada, Teresa.  
TER. A lo mas  
probará, que las demas  
no saben nunca escoger.  
Anda y haz el ramo ahora  
para esa dama de enfrente,  
la condesa de Onteniente,  
tu madrina y protectora.  
MARIA. Voy.

- TER. Atiende, de camino,  
ya que mañana es tu boda,  
hazte el ramo.
- MARIA. Me acomodó.
- TER. Haces un gran desatino.
- MARIA. ¿En qué?
- TER. En tomar por esposo  
á ese estúpido de Blas,  
el hombre mas tonto y mas  
desconfiado y celoso...
- MARIA. Pues no me parece así.
- TER. Pronto te convencerás.  
¡Bien sabes que tiempo atrás  
fijó sus miras en mí,  
y á no mostrar yo desvío  
su mano me hubiera dado;  
¡no habia aun heredado (*Suspirando.*)  
la fortuna de su tio!  
Pero en fin, si ello ha de ser,  
cuanto antes mejor.
- UNA. ¿De veras?
- TER. A trabajar, bachilleras,  
¿quién os pidió parecer?  
Todas quisierais un Blas  
que viniera cada dia  
como él, á ver á Maria  
siempre dale que le dás.
- TODAS. Todas.
- TER. Pues yo me opondria  
á semejante proyecto;  
eso es de muy mal efecto  
en casas como la mia.  
Si las mozas casaderas  
evitaran esa plática,  
fuera menos problemática  
la honra de las jardineras;  
y ademas muchos señores,  
que buenas flores ansian,  
desde luego pagarian  
mucho mas caras las flores.
- UNA. ¿Y eso qué?
- TER. Tened presente

que mañana son las bodas,  
y estais convidadas todas.  
La condesa de Onteniente,  
que es madrina de Maria,  
quiere la boda y festin  
celebrar en su jardin.

TODAS. ¡Qué alegría, qué alegría!

TER. Conducios con buen modo  
y amabilidad escasa;  
haced honor á mi casa,  
y á la moral sobre todo.

TODAS. Corriente.

TER. No tengo mas  
que añadir.

UNA. A nuestro encuentro  
viene Blas.

TER. Vamos adentro,  
me achicharra el ver á Blas.  
(Váanse á la huerta.)

#### ESCENA IV.

BLAS, *del fondo.*

Solo al mirar la puerta  
de su morada,  
mi corazon de gozo,  
baila que baila.

Es natural,  
mi niña es un bocado  
de cardenal.

Tras de diez meses  
de suspirar,  
mañana el cura  
nos casará;  
mañana al cabo  
cesa mi afan,  
tendré mi dulce  
cara mitad,  
y asi  
que se deje ver,

dirán  
¡qué bonita es!  
no hay mas,  
hay que hacerse atras,  
que ahí vá  
la mujer de Blas.

Y el buen Blas con saludo benévolo,  
más hueco que un pavo,  
con aire triunfal,  
mandará sus sonrisas al prójimo,  
limpiando su baba  
de gusto sin par.

Y así  
que se deje ver, etc.

Vamos á ver á mi niña;  
allá la veo que asoma...  
con Teresa, ¡qué pesada!  
no la deja á sol ni á sombra.

### ESCENA V.

BLAS, TERESA, MARIA.

- TER. Buenas tardes, Blas.  
BLAS. Muy buenos.  
(Muy seco.)  
TER. Para víspera de bodas,  
el novio, segun parece,  
pone la cara muy fosca.  
BLAS. En punto á caras, cada uno  
pone la que le acomoda.  
TER. ¿Hay alguna novedad (Con viveza.)  
que impida la ceremonia?  
BLAS. Para la boda ninguna,  
mas para el novio, no pocas.  
MARIA. ¿Pues y eso?  
BLAS. Como en Valencia, (Amable.)  
con motivo de estas bromas,  
anda la gente revuelta  
y todas las noches roban,

se le ha antojado al alcalde  
hacer armar una ronda  
llamada de hombres honrados;  
y como buscan personas  
de calidad para el mando, sup  
viendo las que á mí me adornan,  
me han nombrado. . . .

TER. . . . ¿Capitan?

BLAS. No, cabo segundo.

TER. . . . ¡Toma! . . .

BLAS. Los capitanes son nobles,  
que nos dispensan la honra,  
mientras nosotros rondamos,  
de dormir á la bartola;  
y hoy el alcalde me manda  
patrullar hasta la aurora.

Figúrate tú qué cara  
tendrá mañana en la boda  
un hombre que se ha pasado  
toda la noche de ronda.

MARIA. Es cierto, debiste ir  
al alcalde sin demora . . .

BLAS. Ya he ido á verle, y le he dicho  
de una manera redonda,  
que no quiero ser honrado,  
que las armas me incomodan:  
soy fabricante de peines,  
no quiero ser otra cosa.

MARIA. ¿Y te ha dado ya de baja?

BLAS. ¿De baja? buenas y gordas:  
dice que cumpla y recurra  
despues á quien corresponda.  
Y ahora pase, mas luego  
tener que dejarte sola  
es un enredo.

TER. . . . ¿No ves?

ya los celos le trastornan.

BLAS. ¿Celos de tí? no lo creas,  
porque tú no eres como otras (*Con intension.*)  
que me encontraban ridículo  
cuando no tenia bolsa.

TER. ¿Qué decis? (*Picada.*)

- BLAS. Nada. (Entre tanto  
toma esa y vuelve por otra.)
- TER. Supongo que no hablareis  
aludiendo á mí.
- BLAS. En buen hora:  
suponed, yo no me opongo  
á que supongais, señora.
- TER. Es que...
- BLAS. Nada, una muchia cha  
tan linda como mi novia  
mejor estará en mi casa  
siendo mi reina y mi esposa,  
que en un jardin, donde vienen  
los ricos á todas horas...
- TER. Cuando una tiene buen género...
- BLAS. ¡Ya! lo que á ellos les importa  
el género! Lo que buscan...
- TER. ¿Qué?
- BLAS. Nada. Doblemos la hoja.
- TER. (Con intencion.)  
A propósito, María,  
habrá como unas dos horas,  
cuando estabas ahí enfrente  
á ver á tu protectora,  
vino á preguntar por tí  
un jóven...
- MARIA. ¿Por mí? (Extrañando.)
- TER. De formás  
muy distinguidas: su aspecto  
parecia de persona  
de alta clase, pues iba en  
una soberbia carroza.  
Vestia uniforme de  
capitan de la Corona:  
me preguntó si vivia  
aquí Maria Mendoza,  
y le contesté que entonces  
estabas con la señora  
condesa de Onteniente.
- BLAS. ¿Y
- TER. qué es lo que queria?  
¡Toma!

- BLAS. ¿Qué sabe una? (Me parece  
que ella se forja esa historia.)  
MARIA. ¿No dijo quién era?  
TER. No;  
mas del libro de memorias  
rasgó una hoja y me encargó  
que te la entregara: toma. (Dándosela.)  
MARIA. A ver.—«Ernesto de Alvear, (Leyendo.)  
marqués de Segorbe.»—¡Ah!  
BLAS. ¡Hola! (Escamado.)  
parece que es conocido.  
TER. (Ya le ha picado la mosca.)  
MARIA. ¡Ernesto aquí!  
BLAS. A ver, ¿quién es  
ese capitán de tropa,  
del cual no tuve noticia  
hasta la presente hora?  
TER. Yo siento haberlo contado  
delante de Blas: perdona  
si tal vez sin yo querer...  
MARIA. Al revés, me proporciona  
tal alegría esta nueva,  
que no acierto á darle forma.  
BLAS. ¿Pero sabré yo quién es?  
MARIA. Te lo diré, pero á solas.  
TER. Si estoy de mas, me retiro.  
MARIA. Gracias.  
TER. (Confío que rompan.) (Vase.)

## ESCENA VI.

BLAS, MARIA.

- MARIA. Blas, pues á escucharme vas,  
en lo que escuchas repara,  
mírame bien cara á cara,  
no bajes los ojos, Blas.  
¿Crees tú, punto primero,  
que te quiero? ¿Si ó no?  
BLAS. Tú, al menos, lo dices...  
MARIA. Yo

- te aseguro que te quiero.  
Así al destino le plugo;  
viendo lo mucho que me amas,  
á pesar de tus escamas... (Sonriendo.)
- BLAS. Cierto, parezco un besugo.  
A veces me vuelvo loco  
cuando me entra el arrechucho,  
pensando en que vales mucho  
y en que te merezco poco.  
Quiero que en mi casa reines;  
pero estoy siempre de espia,  
porque como yo, hija mia,  
soy fabricante de peines,  
no quiero que los demas  
digan luego motu propio  
que fabrico lo que acopio  
y acopio lo que me das.  
Ya ves que esta eterna lucha,  
clavada siempre en mi idea,  
es porque temo que...
- MARIA. Sea  
por lo que quieras: escucha.  
Yo te dí el afecto mio  
cuando eras muy pobre.
- BLAS. Cierto.
- MARIA. Si despues tu tio ha muerto,  
es...
- BLAS. Porque murió mi tio.
- MARIA. Repetirte será en balde  
que en su herencia no he pensado:  
te quiero por ser honrado.
- BLAS. Mucho; dígalo el alcalde.
- MARIA. De tu honradez al abrigo,  
crecerá mi afecto mas:  
si no lo creyera, Blas,  
no me casara contigo.
- BLAS. ¡Ah! Tú á la razon me llamas  
y soy en dudar un pillito:  
tu palabra es el cuchillo  
que me rae los escamas.  
Habla.
- MARIA. Calmaré el afan

que con el papel causé  
del capitan.

BLAS. ¡Ah! Conque... (Escamado.)  
conoces al capitan?  
Luego con razon te arguyo:  
luego, mas que no te cuadre,  
confiesas ya...

MARIA. Que mi padre  
salvó la vida del suyo.  
Soldado valiente y fiel,  
al grito de tierra España,  
libró en abierta campaña  
la vida á su coronel.  
Debiéndole la existencia,  
le dijo: tú vivirás  
conmigo; y ahora, ademas  
de comprarte tu licencia,  
cuanto te pida el magin  
dímelo, que aqui estoy yo.

BLAS. Y tu padre ¿qué pidió?

MARIA. Una plaza en su jardín.  
A mi madre el alborozo  
no cabiéndole en el pecho,  
al darle un abrazo estrecho  
la mató el gozo.

BLAS. ¡Huy! qué gozo.

MARIA. El marqués, en galardón  
de esta pérdida, me dijo:  
tú tendrás junto á mi hijo  
esmerada educacion:  
y su palabra cumplió  
en tanto que yo crecía  
junto á su hijo, que tenia  
poca mas edad que yo.  
Así germinó sin fin  
en los dos ese cariño  
de almas de niña y de niño  
que crecen en un jardín.  
Me queria mucho, y yo  
le amaba...

BLAS. ¿Le amabas? ¡Cuerno!

MARIA. Como al hermano mas tierno.

BLAS. ¿Nada mas?

MARIA. Creo que no.

Sin embargo, á mi pesar,  
cuando á su lado encontraba  
otra mujer, me irritaba  
sin poderlo remediar:  
y al ver los ricos plumajes  
de las damas que venian  
á su casa, y que vestian  
sedas, brocados y encajes,  
las miraba con perfidia  
por envidia... digo... no...  
no sé qué sentia yo...  
era envidia y no era envidia.

BLAS. *Malum signum.*

MARIA. Mi jardin

ya no me daba alegrías...

*Malum signum.*

BLAS. ¿Qué decías?

MARIA. Nada, hija, hablaba en latin.

BLAS. Una noche, le encontré

MARIA. en el jardin, le seguí;

por el lejos distinguí

una mujer y espíe.

era noble, rica y bella,

y él la amaba y yo lo oia...

y ni por sueños podia

compararme yo con ella:

vi que en amoroso exceso

tendió ella su mano pura,

y él, con amante locura,

dió en aquella mano un beso.

Yo al ver tanta exaltacion

me alejé de alli llorando

desesperada, y llevando

la muerte en el corazon.

Adivinó mi pesar

mi padre, y en consecuencia

creyó que el tiempo y la ausencia

me debian de curar.

Sacóme mi padre al fin

de alli, y por su órden expresa

fuí á servir á esta condesa,  
que es la bella del jardín.  
Con recelosa inquietud  
desconfiada viví;  
conocíla á fondo, y vi  
que era la misma virtud,  
y tras de algun padecer  
volvió á mi pecho la calma,  
porque ella sembró en mi alma  
la conciencia del deber.  
¿Y él?

BLAS.  
MARIA.

Siguió sin tregua alguna  
la hueste del de Borbon,  
mas en la primera accion  
le fué adversa la fortuna.  
Dos años, con noble aliento,  
ha gemido en cárcel fuerte,  
se creyó cierta su muerte  
y ella aceptó un casamiento.  
Entonces pasé yo aquí,  
(*Sañalando la huerta.*)  
mas siempre bajo su amparo,  
y entonces tú sin reparo  
me hablaste y dije que si.  
Abora sospechas te dan  
estas líneas, y te advierto  
que mi hermano no está muerto,  
mi hermano es el capitan:  
y si al volver él aquí  
te aseguro mas y mas  
mi cariño, dime, Blas:  
¿crees en Maria?

BLAS.

Si;  
porque veo que me quieres,  
ídolo del alma mia  
¡Qué bonita eres, Maria,  
y qué rebonita eres!  
Pues mira, tu relacion  
me ha dado, entre mucho susto,  
mucha inspiracion y... justo,  
ahora tengo inspiracion.  
Voy á explicarte la honda

pasion que tengo por tí,  
ahora que me siento así...

**ESCENA VII.**

Dichos *y el CONDE, de su casa.*

- CONDE. Blas, á la ronda.  
BLAS. ¡Huy! la ronda.  
CONDE. Eres como un sinapismo,  
siempre á tu novia apegado.  
BLAS. (Ahora que estaba inspirado;  
siempre me pasa lo mismo.)  
CONDE. Despues si hay algun desman  
por haberte retardado,  
van á ponerte arrestado...  
BLAS. Allá voy, mi capitán;  
pero apelo á vuestro fallo.  
¿No es una cosa inmoral  
que un novio?...  
CONDE. ¿Vas á hablar mal  
del ayuntamiento?  
BLAS. Callo,  
ya que me mandais que calle,  
pero...  
MARIA. Vamos, ten paciencia.  
BLAS. Aunque arda toda Valencia  
no pasaré de tu calle.  
CONDE. ¿Os casais mañana?  
BLAS. Si.  
CONDE. Pues convida y gasta largo,  
boda y gastos van á cargo  
de mi mujer y de mí.  
BLAS. Rendidas gracias os doy,  
señor conde de Onteniente.  
CONDE. Anda ahora diligente  
á rondar, Blas.  
BLAS. Allá voy. (*Váse.*)  
CONDE. Rebeldilla deliciosa  
ven acá,  
¿conque vas á ser la esposa

MARIA. del buen Blas?  
Por gozar de paz y calma  
lo hago á fé,  
Blas me quiere con el alma  
y yo á él.

CONDE. Afortunado  
es ese Blas.  
(¡Qué buena breva  
se va á chupar!)

MARIA. Su corta dicha  
no hay que envidiar,  
que vuestra esposa  
aun vale mas.

CONDE. No hablemos niña  
de mi mujer,  
que aqui no tiene  
nada que ver.

MARIA. Pues yo con ella,  
si vos quere is,  
este negocio  
consultaré.

CONDE. No por mi vida;  
no hay para qué.

—  
La cualidad primera  
de una muchacha,  
es ser discreta y lista  
sin ser huraña.  
Ser compasiva  
y amable ser,  
es de las niñas  
el A, B, C.

Si, si,  
tú sabes mucho,  
y lo serás  
asi que seas  
mujer de Blas.

MARIA. La cualidad primera  
de una muchacha,  
antes que ser discreta  
es ser honrada.  
Si á los amores

se muestra infiel  
no está en mis libros

ese A, B, C.

No, no,  
y esta doctrina  
sabré guardar  
asi que sea  
mujer de Blas.

CONDE. El buen Blas se mira en tí.

MARIA. Si, si.

CONDE. Mas tambien te quiero yo.

MARIA. No, no.

CONDE. Mi alma amores te dará.

MARIV. Ya, ya.

CONDE. Y algun premio alcanzará.

MARIA. ¡Cá! ¡cá!

CONDE. Si fuera rey

ó emperador,

oro y poder

te diera yo.

En tu mirar

encantador,

se vé brillar

la luz del sol.

Quiéreme, pues,

y en galardón

pondré á tus pies

mi corazón.

Todo cuanto hay

te diera yo,

si fuera rey

ó emperador.

MARIA. Si fuerais rey

ó emperador,

no fuera á fé

la reina yo.

Teneis mujer,

que es como un sol,

y le debeis

el corazón.

Es muy gentil,

noble es cual vos,

queredla bien  
y hareis mejor,  
que al que es mi igual  
prefiero yo,  
no quiero rey  
ni emperador.

**HABLADO.** (*Oscurece.*)

CONDE. Ingratilla, merecieras...  
mas no me quiero enfa dar  
contigo, porque me gustas  
por lo rebelde y tenaz.

MARIA. Vaya, despues de tener  
una esposa angelical,  
¿qué falta os hace en el mundo,  
la pobre novia de Blas?  
Cuanto mejor obrariais,  
ya que sois su capitan,  
haciendo que no tuviese  
que ir por la noche á rondar.

CONDE. Deja que ronde, que ronde.

MARIA. ¿No veis que á él no le da  
por las armas? Si él tuviera  
vuestro espíritu marcial,  
vuestra fama de duelista...

CONDE. Si yo soy moro de paz,  
pero en este pais, hija,  
hay gente tan necia y tan...  
que cree que el ser conde, es  
sinónimo de animal,  
y al ponerle á uno en ridículo  
hay que hacerse respetar.  
Se toma guardia de quinta,  
y abriendo un par en canal  
se extiende la voz de que  
el conde sabe pegar,  
y no se meten con uno.  
Ahí tienes, mil nobles hay  
que se hacen matar por celos;  
yo no los tuve jamás:

me batiré sin tenerlos,  
pero es por el qué dirán,  
por lo demás, soy mas dulce  
que un almibar.

MARIA. Es verdad,  
pero es tan fácil ser dulce  
cuando uno es feliz...

CONDE. Cabal.  
A mí me faltan, dos dedos  
para serlo, nada mas;  
que tú me quieras un poco;  
ya ves tú que poquedad.  
Tienes un aire tan noble  
y tan régio.

MARIA. No es verdad.  
DONDE. Si es verdad; y hay un perfume  
cerca de tí...

MARIA. Es natural,  
como que vivo entre flores,  
me prestan su aroma.

CONDE. ¡Cá!  
Hueles tú mucho mejor  
que el mirto y el arrayan,  
la prueba es que yo te huelo  
y te voy siempre á buscar.  
¡Tú me haces falta, Maria!

MARIA. ¿Quereis una mujer mas?  
CONDE. Tú no eres mujer, tú eres  
un diablillo familiar,  
muy tentador y muy lindo.  
Trae tu manecita acá.

MARIA. No quiere Blas, señor conde.  
CONDE. ¿Cómo que no quiere Blas?  
¡Despues que soy el padrino!

MARIA. Aprensiones que le dan.  
CONDE. Mañana quiero tu boda  
en mi jardin celebrar,  
y por culpa tuya, el cabo  
se reirá del capitán:  
tú minas la disciplina,  
no importa; convidarás  
á todas tus compañeras,

á todas, con eso habrá  
mas animacion, mas zambra  
y mas chicas.

MARIA. ¡Qué bondad!

CONDE. Si yo soy muy bondadoso.

MARIA. Yo os pagara...

CONDE. Pesia á tal,  
pues paga. *(Yendo á abrazarla.)*

MARIA. En esa moneda,  
señor, no os puedo pagar.

CONDE. Bueno, favor por favor:  
vé esta noche á acompañar  
á mi mujer por vez última,  
pues tantas lo has hecho ya.

MARIA. ¿Se siente mala?

CONDE. Un poquillo:  
esas cosas, que le dan  
por no salir de su cuarto:  
es un dolor inspirar  
unas pasiones tan fuertes.  
¡Si vieras con qué pesar  
voy al baile!

MARIA. ¿Estando mala  
de su lado os alejais?

CONDE. ¿Yo alejarme? No lo creas,  
si el baile del duque está  
á seis puertas de mi casa.  
Con pena voy.

MARIA. Pero vais.

CONDE. Ella te quiere.

MARIA. ¡Es tan buena!

CONDE. Y tú la distraerás.  
He mandado como siempre  
poner tu cama detras  
del cuarto de mi mujer.

MARIA. ¿En la alcobita que da  
á ese balcon?

CONDE. Justamente:  
mañana la cambiarás  
por la del cabo que ronda.

MARIA. Dejadle al cabo rondar,  
que al cabo yo soy del cabo

y no valgo un capitán.  
(*Váse á casa del Conde.*)

### ESCENA VII.

EL CONDE.

Esta muchacha es de roble,  
pero tiene buen cariz,  
solo le falta el barniz  
del fino trato de un noble.  
Y lo tendrá, mis cuidados  
la atraerán á mis altares;  
no hay remedio, esos pelgares  
son de los predestinados.  
Por mas que se muestre ingrata  
abrigo el dulce presagio  
de que no marra el adagio,  
el que la sigue, la mata.  
Y aunque se opusiera el orbe  
la tengo de seguir yo...  
Vámonos al baile.

### ESCENA VIII.

DICHO, y el MARQUÉS, fondo izquierda.

CONDE.

¡Oh!

Señor marqués de Segorbe;  
tengo una satisfaccion  
que puede valer por tres  
en abrazaros, despues  
de vuestra resurreccion.

MARQ.

Conde (su esposo).

CONDE.

Por Dios

que aunque ahora os nuestro alegría,  
he pasado todo el dia  
diciendo pestes de vos.  
Llegais, y en el mismo dia  
no queda casa en Valencia  
que no honre vuestra presencia,  
y se os olvida la mia.

MARQ. No, señor conde, mi intento  
no ha sido nunca olvidarla,  
no me atreví á visitarla  
sin un prévio ofrecimiento,  
y tendré sumo placer...

CONDE. Mi instinto lo presentia.  
Eso mismo le decia  
esta tarde á mi mujer.  
Si en la estricta observacion  
del cumplido, él se coloca,  
no hay remedio, á tí te toca  
mandarle una invitacion,  
y me ha prometido ya  
escribiros.

MARQ. ¡Tal honor!...

CONDE. Nada, amigo, es de rigor;  
lo mandé y escribirá.  
Sois muy simpático.

MARQ. ¡Ah! no,  
conde, favor que me haceis.

CONDE. Y aun sospecho que teneis  
los mismos gustos que yo.

MARQ. ¡Yo!...

CONDE. Algo hay que os hace tilia  
por estos alrededores.

¿Verdad que os gustan las flores  
y las chicas del jardin?

Tambien me gustan á mí;  
mas vos cazais dia y noche:  
vi esta tarde vuestro coche  
que estaba parado ahí,  
y he supuesto sin error  
que alguna ramilletera  
corre peligro.

MARQ. Quimera.

CONDE. ¡Picarillo seductor!  
¿Venis conmigo á la fiesta  
que da el duque?

MARQ. Ireis allá  
con vuestra esposa...

CONDE. No; está  
ligeramente indispueta.

Se sentia delicada  
y quiere acostarse al punto.

MARQ. ¿Qué tiene?

CONDE. No lo pregunto;  
yo nunca pregunto nada.  
En perdiéndome de vista  
siempre la encuentro llorosa:  
yo lo siento, mas no es cosa...  
de estar cosido...

*(En este momento sale un criado de casa del conde con una carta.)*

Eh, Bautista,  
¿dónde vas?

CRIADO. Se me mandó  
llevar esta carta.

CONDE. ¿Pues?

CRIADO. Casa del señor marqués  
de Segorbe.

CONDE. Ya escribió.  
Dame.

CRIADO. El ama me ha encargado  
entregarla sin demora.

CONDE. Pues dices á la señora  
que yo mismo la he entregado.  
Tomad: ya que es menester  
que se os invite, os invito.

MARQ. Gracias.

CONDE. Yo no las admito;  
dádselas á mi mujer.  
Os dejo aqui de emboscada,  
y casi casi barrunto...

MARQ. Conde...

CONDE. Si yo no pregunto;  
yo nunca pregunto nada.  
Ojead el jardín...

MARQ. ¡Oh!

CONDE. Pero apuesto á que hoy no viene.  
(Lo dicho, este chico tiene  
los mismos gustos que yo.) *(Váse)*

## ESCENA IX.

El MARQUES.

Gracias á Dios: de impaciencia se me ardia el corazon.

¡Ah! Este es su primer don tras de dos años de ausencia.

*(Abre la carta y lee á la luz del farol.)*

«Quizás haga mal en escribiros, Ernesto; pero el deber me obliga á ello, pues no quiero que culpeis á mi pobre corazon del cambio en que me encontrais. Nos queriamos desde la infancia y estabamos destinados á ser el uno del otro. Despues de aquella accion en que quedasteis en el campo, vuestro mismo general nos participó la noticia de vuestra muerte, que costó la vida á vuestro padre. Por mi parte, hubiera consagrado con placer mi vida entera al recuerdo de vuestro amor; pero era hija y debia obedecer á mi padre: mandaba en mí y me casé.» ¡Pobre Adela! «El infortunio no tiene mas que un consuelo, y ese lo tengo, que es la resignacion y la conciencia de haber cumplido siempre mi deber, y os pido por último favor que me ayudeis á olvidaros. Haced que otros lazos y otras afecciones os alejen aun mas de mí: eso os costará, pobre Ernesto; pero es necesario, y yo os lo ruego. Evitad el verme, y si me amais aun, si me habeis amado, no querais que vuestra memoria venga á aumentar el dolor de una esposa que ruega á Dios todos los dias por vuestra felicidad.»

---

### ROMANZA.

Olvidar un amor,  
que es ¡ay! mi vida.  
¡Olvidarla! ¡Gran Dios!  
¿Cómo se olvida?

Dos años enteros  
gemí en lontananza,  
viví de recuerdos,  
viví de esperanza:  
un ángel celeste  
decíame en sueño:  
tu dicha y tu dueño  
te esperan allá;  
y en vez de la hermosa  
que tanto he querido,  
encuentro la muerte,  
encuentro el olvido.  
Sin ella, Dios mío,  
de luto cubierto,  
un vasto desierto  
mi vida será.

Si olvidarte es necesario  
por cumplir con el deber,  
dame fuerza, dame fuerza  
de poderte obedecer.

### ESCENA X.

DICHO y MARIA, *saliendo de casa del conde y hablando con uno que se supone dentro.*

MARIA. Podedis recogeros todos,  
la señora lo mandó:  
dice que quiere acostarse,  
se encuentra mucho mejor.

¿Que si hay cuidado? Ninguno:  
ya veis, cuando yo me voy  
á mi casa... Buenas noches.

MARQ. (Si, yo conozco esa voz.)  
¡Maria!

MARIA. (¡Él!) Señor marqués...!

MARQ. No soy marqués ni señor,  
soy tu hermano que te encuentra  
y el cariño te gritó.  
¿Pero qué tienes? Parece  
que huyes de mí con temor.

MARIA. ¿Yo temeros? Al contrario.

MARQ. Niña de mi corazón,  
tras muchas días de pena,  
la vista de tu candor,  
una gota de alegría  
en mi pecho derramó.  
Me miras con un asombro...

MARIA. Os creia feliz.

MARQ. No.

Mas tú, ¿qué tienes, Maria,  
estás triste?

MARIA. Lo estais vos  
y soy vuestra hermana, ¿cómo  
no quereis que lo esté yo?

MARQ. Tal es mi sino, Maria,  
connigo va la afliccion,  
la nube de mis pesares  
nubló de tu dicha el sol;  
tierra que pisa mi planta  
da cosecha de dolor.  
Mas, ¿cómo te encuentro aqui  
á tales horas?

MARIA. Señor,  
de casa de la condesa  
de Onteniente salgo.

MARQ. (¡Oh!)

MARIA. Pensé pasarme la noche  
velando á su alrededor...

MARQ. ¿Qué tiene?

MARIA. Se halla aquejada  
de una convulsiva tos,  
y de sorda calentura  
se quema al lento calor.  
Mas dijo que se sentia  
ya mas aliviada, y vos  
me encontrasteis en el tránsito  
á mi pobre habitacion.  
Quiere estarse sola.

MARQ. (Sola.)

MARIA. ¿Qué teneis?

MARQ. (No verla. ¡Oh!)

MARIA. ¿Qué teneis?

- MARQ. Nada Maria.  
MARIA. Habeis perdido el color.  
MARQ. Mañana... te explicaré...  
MARIA. Mañana... me caso.  
MARQ. (¡Oh Dios!)  
Todos con amores viven,  
y yo muero sin amor.  
¿Quieres á tu novio?  
MARIA. Si...  
MARQ. ¡Serás feliz!  
MARIA. Si, señor. (Llorando.)  
MARQ. ¿Lloras Maria?  
MARIA. Es de gozo  
de veros. ¿Vendreis?  
MARQ. ¿Pues no?  
MARIA. Me hareis tan feliz si os veo.  
MARQ. ¿Cómo he de faltarte yo?  
MARIA. Adios, pues, hasta mañana. (Váse.)  
MARQ. Duerme en paz, Maria, adios.  
¿Y he de alejarme de aqui  
sin decirla una vez?... no;  
he de verla, aunque á su puerta  
me arranquen el corazon.  
(Se precipita resueltamente en casa del  
Conde.)

## ESCENA XII.

BLAS y paisanos armados.

- CORO. Durmiendo tranquila  
está la ciudad,  
la ronda que vela  
conserva la paz.  
BLAS. Pierdo la noche  
monda y lironda,  
tomo el relenté  
ronda que ronda,  
mientras mi casa  
sola está  
haga yo el oso  
por la ciudad.

Ni un alma viviente  
se atreve á asomar  
sabiendo que ronda  
la ronda de Blas. (Se van.)

---

### ESCENA XIII.

EL CONDE.

Nada, me voy á acostar:  
bonita está la funcion,  
no he visto en todo el salon  
una cara regular,  
y si he de echar á perder  
el tiempo sin conseguir  
nada, mas vale dormir  
(Llama á la puerta de casa.)  
y cuidar de mi mujer. (Se oye la ronda.)  
Creo que la ronda esta  
es de mis subordinados;  
rondad vecinos honrados,  
vuestro capitán se acuesta.  
(Abrese la puerta. Vuelve á salir la ronda  
siguiendo el canto de)

---

CORO. Pierdo la noche, etc.  
(El Marqués en el balcon de la casa del  
Conde.)

No hay medio de salir,  
protégeme gran Dios,  
mil muertes antes, cielos,  
que lastimar su honor.

BLAS. Parece que diviso  
un hulto en el balcon,  
pongamos aqui en juego  
la astucia y el valor.  
Tomad las avenidas,  
silencio y discrecion.

(El marqués se descuelga por el balcon, y  
al llegar al suelo, la ronda se echa sobre él.)

CORO. Alto aqui.

MARQ. ¡Maldicion!  
CORO. ¡Al ladron!  
MORQ. ¡Al ladron!  
CORO. No griteis,  
vive Dios.  
CORO. Date vil á prision,  
no escucheis al bribon.  
se tiró del balcon,  
¡al ladron, al ladron!  
MARQ. No griteis,  
vive Dios,  
no movais  
confusion,  
ved que estais  
en error,  
yo no soy  
un ladron.

#### ESCENA XIV.

DICHOS, y el CONDE saliendo de su casa y cuatro lacayos con hachas.

CONDE. ¿Qué ruido es ese  
que aqui se armó?  
CORO. Que hemos cogido  
á un malhechor  
que se ha tirado  
de aquel balcon.  
CONDE. ¿Del de mi casa?  
(Avanzando á reconocerle.)  
¡Cómo! ¿Sois vos?  
MARQ. (¡Dios de clemencia,  
salva su honor!)  
CORO. De alli el tunante  
se descolgó.  
CONDE. (Del de Maria,  
¡zape!) Ah bribon,  
tan á lo manso  
qué listo sois. (Aparte al marqués.)  
MARQ. (Qué significa...)  
BLAS. (No se enfadó.)

CONDE. (Desde esta tarde  
me la caté:  
de Blas la novia  
cazó el marqués.  
¡Já, já, já, já!

CORO. ¡buen golpe está!)  
¿De qué demonio  
se reirá?

CONDE. Ya veo que tu ronda  
estaba alerta:  
te doy, querido cabo,  
la enhorabuena.  
(¡Ay, pobre Blas,  
qué fresco estás!  
pues con tu boda  
te lucirás.)

BLAS. (Para tomar el caso  
tan á la fresca,  
debe tener bien anchas  
las tragaderas.  
Pues esto y mas  
se lo echa atrás;  
tiene un gazonate  
de Barrabás.)

MARQ. (Mi corazon no vuelve  
de su sorpresa:  
toda mi sangre helada  
tengo en las venas.  
¡Ah! Ten piedad,  
Dios de bondad,  
y á la inocente  
tu mano da.)

CORO. Pues señor, bueno va:  
cuando al buen capitán  
se le vé retozar,  
bueno va, bueno va.

CONDE. Dejad, amigos míos,  
á vuestro preso en paz,  
que yo por él respondo.

CORO. Responde el capitán:

BLAS. (Entonces es sin duda

- Jadron de calidad.)
- MARQ. (Tan misterioso enigma  
no acierto á descifrar.)
- CON DE. (Prudencia, que este cabo *(Al marqués.)*  
es el novio de la...)
- Buenas noches, caballeros;  
va á acostarse el capitán,  
y mañana brindaremos  
al casarse el cabo Blas.
- CORO. Buenas, señor conde;  
nos volvemos á rondar;  
y mañana brindaremos  
al casarse el cabo Blas.
- BLAS. Buenas noches, señor conde;  
nos volvemos á rondar,  
y mañana vuestra tropa  
en mis bodas brindará.
- MARQ. (Se ha salvado, se ha salvado.)  
¡Oh milagro celestial!  
salió ilesa la honra suya,  
Dios por ella velará.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

Jardin del palacio del Conde de Onteniente. Pabellon saliente en el primer plano á la derecha del actor, con ventana de celosia que abrirá por fuera frente al público. La puerta por el centro de la escena.

### ESCENA PRIMERA.

BLAS y MARIA *de novios*, el CONDE, *sentados*, TERESA, *artesanos*, *ramilletteras*.

CORO. Del aderezo de España  
el Turia es la diadema,  
y si España fuera un huevo  
la yema fuera Valencia.  
Siga la danza,  
siga la broma,  
dale que dale,  
toma que toma.  
Dame un cariño  
cara de arroz.  
que en viniendo de un pié valenciano  
sabe á gloria aunque sea una coz.  
Jardin de los cielos,  
plantel del amor,  
oid sus mujeres  
del tipo que son.

- Hola, venga, suelta, dale  
que atice una copla,  
que cante el señor.
- CONDE. Ya voy, ya voy.
- CORO. Oid sus mujeres  
del tipo que son.
- CONDE. Mano chica y juguetona,  
labio fresco de ababol,  
trenza larga y ojos negros  
y quebradas de color.
- CORO. Siga la danza,  
siga la broma,  
dale que dale,  
toma que toma.  
Dame un cariño  
cara de arroz,  
que en viniendo de un pié valenciano  
sabe á gloria aunque sea una coz.
- CONDE. Agua á fé mia  
se hace mi lengua,  
dirán que es mengua  
de mi blason,  
mas en viendo muchachas bonitas,  
es singular,  
divirtiéndome estoy como un simple  
particular.
- CORO. En teniendo muchachas bonitas,  
es singular,  
se divierte el señor como un simple  
particular.

## ESCENA II.

DICHOS *y el No TARIO.*

- CONDE. El escribano ha llegado,  
por lo tanto, cada cual  
puede hacer lo que le plazca  
si no le place escuchar  
foja por foja, esa especie  
de proceso criminal.  
(*Váse el coro por el fondo.*)

- Yo á fuer de padrino, tengo  
que irme con el novio ; Blas,  
¿qué diablos estás mirando?
- BLAS. Miraba... qué guapa está,  
¿no es verdad?
- CONDE. Si, hombre, si, vamos.  
(¡Pobrecillo!)
- BLAS. Qué rica... ¡Ay!
- CONDE. ¿Qué te ha dado?
- BLAS. Señor conde,  
es un ex-abruto
- CONDE. ¡Ya!
- BLAS. Al pensar que dentro un rato  
va á ser mía en el altar  
y en la calle, y en mi casa,  
y en mi...
- CONDE. Vamos perillan,  
que hoy estás echando chispas.
- BLAS. Y que nadie podrá osar  
á mirármela siquiera.
- CONDE. ¿No tardes, eh?
- BLAS. Voy allá.
- CONDE. (Me hacen feliz esos tipos  
que no sospechan jamás,  
ni se les ocurre nunca  
el ridículo en que estan.)  
(Váse el conde por el pabellon con el escribano.)

### ESCENA III.

BLAS, MARIA.

- MARIA. ¿Te quedas?
- BLAS. Solo un momento.  
No me regañas, ¿verdad?
- MARIA. Yo, ¿por qué?
- BLAS. El deseo mio  
es cosa muy natural,  
voy á casarme, y quisiera  
ser novio un instante mas;  
luego en siendo uno marido

se hace uno mas material  
y se pierden las ideas,  
la facilidad y la...

y te digo, ó lirio ó rosa,  
clavel, jazmin, tulipan,  
reina de todas las flores  
que hueles mejor y mas  
que las que por comprarte algo  
te suelen á tí comprar.

Mañana serás, Maruja,  
una flor injerta en Blas,  
y Blas la espina que punce  
la mano que toque audaz

la rosa que él trasplantó  
desde el jardín á su hogar:

Blas trasplanta y echa plantas  
á quien quiera suplantar  
lo que en su plantel plantea  
con planta de plomo...

CONDE. (*Desde dentro.*) ¡Blas!

BLAS. ¡Ahora que estaba inspirado!  
siempre me sucede igual. (*Váse.*)

#### ESCENA IV.

MARIA, y luego el MARQUÉS.

MARIA. ¡Pobre Blas! Al corazon  
no se le puede mandar,

que á poder mandar el mio  
debiera quererle mas.

¿Por qué por otro redoblas  
tu latido desigual,

y á Blas, que tanto te quiere,  
solo un latido le das?

Por ingrato, corazon,  
debiera quererte mal,

y yo he de hacer que te domo  
mi fuerza de voluntad.

(*Entra el Marqués poco á poco.*)

Siento una inquietud, Dios mio,  
que no puedo dominar...

Es él... ¡Ah! le presentias...  
Te domaré á tu pesar.)  
Señor.

MARQ. Dulce hermana mia,  
ya ves que vengo á tu boda:  
Dios te dé la dicha toda  
que tú mereces, Maria.  
Desde la calle escuché  
esa algazara jovial,  
é hice al pasar este umbral  
un sacrificio.

MARIA. ¿Por qué?

MARQ. ¿No sabes que el alma trunca  
mirar amantes festejos  
á quien los ve tan de lejos  
que no ha de alcanzarlos nunca?

MARIA. Quizá algun dia...

MARQ. Maria,  
nadie vence á su destino,  
y en mi lóbrego camino  
nunca lucirá ese dia.

MARIA. ¿Por qué no? Cuando os caseis.

MARQ. Eso es imposible.

MARIA. No...

MARQ. Señor, ¿no me caso yo?

MARIA. Es distinto.

MARQ. Ya vereis.  
Cuando una mujer á vos  
se una en ese lazo estrecho,  
que bendice vuestro pecho  
y luego bendice Dios;  
cuando amantes vientos vienen  
á acariciar vuestras almas,  
que cual cariñosas palmas,  
una en otra se sostienen;  
cuando en la vida, los dos  
piseis por la misma huella,  
y vos vivais para ella  
y ella viva para vos;  
cuando es tan pura verdad  
la verdad de vuestro amor,  
que á ella le deis vuestro honor

y ella á vos su libertad;  
es porque vuestra existencia  
la esencia del amor ama,  
y hasta el aire se embalsama  
con su enamorada esencia.

Y ese incógnito perfume  
que el corazon embriaga,  
esa luz que no se apaga  
y ni abrasa ni consume,  
es cuanta dicha soñó  
el alma dormida, es...

Casaos, señor marqués,  
¿no veis que me caso yo?

MARQ. No me hables así, Maria,  
que me entristeces el alma.

¿Dónde encontraré la palma  
en que se apoye la mia?

Desierto al dolor abierto,  
es la vida sin amor...

¿Cómo encontrar una flor  
en la arena de un desierto?

Mas no venga mi tristeza  
á interrumpir en tal dia,

ia enamorada alegría  
de tu cándida pureza.

Tú eres pobre, y yo...

MARIA. Por Dios,

ya me dota la condesa.

MARQ. (Ah) ¿Y bien, qué falta es esa?

Te dotaremos los dos.

Yo represento á tu padre,

y no me darás la pena

de rehusar: esta cadena,

Maria, fué de mi madre.

De amuleto salvador,

me ha servido desde niño,

no puedo de mi cariño

darte una prueba mayor. (Se la pone.)

Quizás para no tornar

parta... ¿Tú lloras, Maria?

MARIA. Si, si, lloro de alegría,

señor, dejadme llorar.

- MARQ. ¿Y quién es el novio?  
MARIA. Es  
un honrado menestral  
peinero.  
MARQ. ¡Cómo! Haces mal  
en casarte con él.  
MARIA. ¿Pues?  
MARQ. La educación que has tenido  
puede elevarte á otra esfera.  
MARIA. Yo soy una jardinera,  
y Blas será mi marido.  
Otra ventura no espero  
en mi pobre y triste estado,  
siendo hija de un soldado,  
seré mujer de un peinero.  
MARQ. No ofenderás al que tú amas  
dándome tus brazos castos. *(La abraza.)*

### ESCENA V.

DICHOS, el CONDE.

- CONDE. ¡Ah! que estan aquí. ¡Anastos! *(Ap.)*  
Pues no se andan por las ramas.  
MARIA. Gracias.  
CONDE. *(Le da gracias, pues,*  
apuesto cualquier dinero,  
á que no encuentra el peinero  
un peine como el marqués.  
Pero puede venir gente,  
y si los hallan así...  
ahora me toca á mí  
tosar, y hacerme el prudente.)  
¡Ejen!  
MARIA. ¡Ah! *(Volviendo la cara.)*  
CONDE. ¿Estás ocupada?  
MARIA. No, señor, iba á ir al punto...  
CONDE. Bien, bien, si yo no pregunto,  
yo nunca pregunto nada.  
*(Vase Maria al pabellon.)*

ESCENA VI

CONDE y MARQUÉS.

- CONDE. Habeis nacido de pié,  
marqués, pero vive Dios,  
que he de habérmelas con vos.
- MARQ. ¿Conmigo? (*Sorprendido.*)
- CONDE. Con vos.
- MARQ. ¿Por qué?
- CONDE. ¿A qué habeis venido aquí?  
Hablad claro y sin rodeo.
- MARQ. Tan solo... por el deseo  
de visitaros.
- CONDE. ¿A mí?
- MARQ. Marqués, ¿por quién me tomáis?
- MARQ. Conde, os protesto...
- CONDE. No es cierto.  
no os pongais serio, os advierto  
que á mí no me la pegais.  
(¡Dios mio, sospecharia!)
- MARQ. No teneis respeto á nada.
- CONDE. Cuando aun no está casada...
- MARQ. ¿Quién, señor conde?
- CONDE. Maria.  
¿No merecierais, bribon,  
que os moviese una querella,  
despues que anoche por ella  
me asaltasteis el balcón?
- MARQ. (¡Ah!)
- CONDE. Por fortuna, el camueso  
de su novio, no cayó  
en la cuenta, pero yo  
tengo un ojo para eso...
- MARQ. Hacedme, conde, el favor,  
si es que me juzgais honrado,  
de creer que no he soñado  
en atentar á su honor.
- CONDE. ¡Si al tenerla ahora abrazada

- os sorprende Blas de pronto!..  
A bien que Blas es un tonto,  
y un tonto nunca ve nada.
- MARQ. Juro cien veces y cien  
que solo un cariño puro  
me une á ella, os lo juro.
- CONDE. Bien hombre, bien, está bien.  
Despues que he hecho por vos  
el papel mas triste.
- MARQ. ¿Qué?
- CONDE. Me parece que no fué  
inoportuna mi tos?  
Es una chica muy guapa,  
pero está sería conmigo,  
mas con vos...
- MARQ. Pero hombre...
- CONDE. Os digo  
que á mí nada se me escapa.  
Soberbia cadena de oro  
le habeis dado... bien valdria...
- MARQ. Si vale, pero Maria  
estima en mas su decoro,  
y este lo conserva ileso,  
y alto respeto me impone.
- CONDE. ¡Se supone, se supone! (Irónico.)  
¡Qué á mí me salgais con eso!  
Pondré en mis labios un broche,  
mas ya podeis calcular  
que yo no puedo olvidar  
lo de anoche...
- MARQ. (¡Lo de anoche!)
- CONDE. Porque en esta acusacion  
deponen cual prueba plena,  
el abrazo, la cadena,  
y el bajar por el balcon.  
El caso es, voto al demonio,  
que por no reflexionar,  
pudisteis ayer turbar  
la paz de mi matrimonio.  
A estar mi mujer despierta  
ayer, todo se complica,  
de su cuarto al de la chica

no media mas que una puer ta,  
y si os llega á sorprender  
á su lado derretido,  
«Que amigos tienes, marido.»  
me diria mi mujer.

MARQ. (¡Dios mio, que situacion!)  
Conde, amigo mio, espero  
que vos como caballero  
tendreis...

CONDE. Mucha discrecion.

MARQ. Por Dios que no me arrepienta...

CONDE. Si yo nunca me propaso.  
(Pero asi que llegue el caso  
trabajaré por mi cuenta.)

MARQ. Ved que yo soy el sosten  
de esa jóven...

CONDE. Y bien ducho.

MARQ. Y quiero á Maria mucho.

CONDE. Muchísimo, y yo tambien.  
Aqui viene, de algo mas  
tendreis que tratar, no es esto,  
duro en ella, os cedo el puesto,  
voy á entretener á Blas.  
Firme, marqués, á la brecha,  
puesto que tambien os tratan.  
Blas no es de los que se matan  
por una leve sospecha  
como nosotros. Pues son  
tan blandos como los veis,  
á ver como dejareis  
bien sentado el pabellon.  
Mas de lo que hago por vos  
no hace un padre, hasta despues.  
Adios, niña, adios, marqués,  
ya sabeis que tengo tos. (Váse.)

ESCENA VII.

MARQUES y MARIA.

- MARIA. Señor.
- MARQ. Niña, huye de mí, haz cuenta que no me ves.
- MARIA. ¿Qué he hecho, señor marqués, para que me habéis así? Vos me colmabais ha poco de bondades con exceso, si ahora os pesa.
- MARQ. No, no es eso, perdóname, que estoy loco. ¿Dónde fuiste?
- MARIA. Desde acá fui á ver á mi protectora.
- MARQ. ¿Y vienes de verla ahora?
- MARIA. ¡Si vierais que mala está y cuánto ha empeorado! Para distraer su pena le he enseñado la cadena, que vos me habéis regalado. ¡Le ha gustado tanto!
- MARQ. ¿Si?
- MARIA. Dice que me va muy bien, y le he contado tambien que vos estabais aqui para ver mi casamiento.
- MARQ. ¿Y ella no asistirá?
- MARIA. No; pero así que lo escuchó se ha levantado al momento, y entre el llanto y la zozobra, tomando pluma y papel, me ha dicho: cuento con él para hacer una buena obra. Dale esta esquela. *(Se la da.)*
- MARQ. Es así.
- MARIA. ¡Qué bien vuestra alma conoce! Me ha encargado que á las doce

- me deis la respuesta á mí.
- MARQ. «Osasteis ayer venir (*Leyendo aparte.*)  
»contra mi expreso mandato.  
»Decidme, Ernesto insensato,  
»¿cómo pudisteis salir?  
»En tan negra confusion  
»no encuentro quien me responda:  
»¿á quién arrestó la ronda  
»cuando gritaba «al ladrón?»  
»Contestadme, y despues de esto  
»haced que no os vuelva á ver.  
»Es preciso, y ha de ser,  
»no os alucineis, Ernesto.  
»Faltará á la flor esmalte,  
»y á la aurora el arrebol,  
»y la clara luz al sol  
»antes que á mi honor yo falte.  
»En mi honor y en mi recato  
»mi triste vida se escuda  
»si los empaña una duda,  
»me mato, Ernesto, me mato.  
(¡Morir, y morir por mí!)
- MARIA. ¿Qué respondo á la señora?
- MARQ. Voy á hacer su encargo ahora,  
á las doce estaré aqui.

### ESCENA VIII.

MARIA, el CONDE y BLAS, del pabellon

- CONDE. ¿Ves, hombre, cómo está sola?  
¿ves como eres suspicaz?
- BLAS. ¿Pues para qué ese empeño  
en no dejarme llegar?  
Yo quiero ser una oblea  
para pegarme á ella, ¿estais?  
Un marido no se debe  
separar de su mitad.
- CONDE. Pues, hombre, yo de la mia  
bien ves que me aparto.
- BLAS. ¡Ya!  
Vos veis las cosas de un modo...

CONDE. Y tú de otro. (¡Pobre Blas!)

BLAS. ¡Maria!

MARIA. ¿Qué?

BLAS. Marujilla.

(¡Qué melancólica está!

Esto no es de buen agüero:

¡á que me se vuelve atrás

y me quedo yo compuesto

y sin novia... voto á san?...)

CONDE. Arriba espera el notario:

anda, que él te leerá

los capítulos.

BLAS. Los doy

por oídos, bien están.

CONDE. Hombre, yo tengo á Maria

que hablarla en particular.

BLAS. ¡Por vida de los demonios!

Mariquita, ven acá:

¿qué pueden decirte á tí

que yo no pueda escuchar?

MARIA. Que yo sepa, nada.

CONDE. ¡Hombre,

que seas tan montaraz!

Mil cosas que mi mujer

me ha encargado, y de pé á pá,

en nombre de la madrina,

diré yo á la novia, ¿estás?

Hazte cargo de que ahora

soy mi mujer.

BLAS. (Ojalá.

Ella es buena; pero á él

le tengo un miedo cerval.)

CONDE. ¿Todavía refunfuñas,

celoso de Barrabás?

MARIA. ¿No tienes confianza en mí?

BLAS. Siiii...

CONDE. Pues no faltaba mas.

MARIA. Entonces ¿qué temes?

BLAS. Nada.

CONDE. Vé pues.

BLAS. Ya voy (á escuchar).

(Se oculta en el pabellon.)

- CONDE. (Pues novio y galan se fueron,  
suplantemos al galan:  
esta va de pillo á pillo.)  
MARIA. Ya estamos solos, hablad.
- 

**CANTO.**

- CONDE. Puesto que en vísperas te hallas del tálamo,  
niña gentil,  
te diré el rumbo en breve plática  
que has de seguir.  
MARIA. Con grato júbilo al señor conde  
escucharé.  
BLAS. Y yo atentísimo veré por dónde  
resuella él.  
CONDE. A tu marido al dar tu mano  
debes amar.  
MARIA. Tal es mi idea.  
BLAS. Principio sano,  
no hay que objetar.  
CONDE. Y á los que amigos son de tu esposo,  
despues tambien.  
BLAS. Esto segundo ya es sospechoso,  
ya no va bien.  
MARIA. Solo al marido amar es dado  
y á él no mas.  
BLAS. ¡Bravo, bravísimo, bien contestado.  
Dijolo Blas.  
CONDE. De tu amor en pos,  
niña, va un marqués  
donde caben dos  
pueden caber tres.  
Parte solícito  
en tu corazon;  
guárdame un cachito  
en la particion.  
BLAS. Hablan ya de dos,  
escuchemos pues,  
que esto ¡vive Dios!  
tiene ya interés.  
¡En qué turbios charcos

- boga mi opinion!  
libreme san Marcos  
de tribulacion.
- MARIA. De mi amor en pos  
no hay ningun marqués.  
Si no caben dos,  
mucho menos tres.  
Y si no es mas que esa  
vuestra pretension,  
diré á la condesa  
cuál es su opinion.  
Esas chanzas poco gratas  
por ser vuestras las sufrí.
- CONDE. De negarme en vano tratas,  
niña mia, lo que vi.
- MARIA. ¿Qué habeis visto?
- CONDE. Que hace poco  
á sus anchas te abrazó.
- BLAS. ¡Cuerno!
- CONDE. Y sé que de amor loco  
en tu cuarto anoche entró.  
Vil calumnia.
- MARIA. Yo estoy malo.
- BLAS. ¡Santo Cristo, y qué sudor!  
Y esa joya es un regalo  
del bizarro seductor.
- MARIA. Eso es falso.
- BLAS. Malo es esto.
- CONDE. Te repito que lo vi,  
y que anoche yo hablé á Ernesto  
al salir de verte á tí.
- BLAS. De Ernesto hablan, ¡ay de mí!
- MARIA. Deshaced, por vuestra vida,  
tan ciego error,  
yo de Blas soy prometida  
y soy su amor.  
Nací, señor, honrada,  
sabré mi fé guardar,  
llevará la desposada  
su honra limpia ante el altar.
- CONDE. Por Cristo, que insisto;  
lo he visto y tres mas.

BLAS. Hay riesgo inminente,  
detente buen Blas.

HABLADO.

CONDE. Si él mismo me confesó...

MARIA. ¿Qué decis?

CONDE. Y no te asombre.  
¿A qué negárselo á un hombre  
tan discreto como yo?

MARIA. Conde, abusais demasiado  
de vuestra lengua atrevida.

CONDE. (No he visto en toda mi vida  
un negar mas aplomado).

ESCENA IX.

DICHOS, TERESA y CORO de paisanos, BLAS baja a le-  
lado.

TER. Maria, Blas, pronto, pronto,  
que el cura espera. ¿Qué tienes? (A Blas.)  
Jesus que mudado vienes,  
¿Qué es eso, te has vuelto tonto?

BLAS. Creo que sí.

MARIA. ¿Vamos? (A Blas.)

BLAS. ¿Eh?

¿Adónde?

A la iglesia.

Paso.

MARIA. ¿Qué es esto?

BLAS. Que no me caso.

MARIA. ¿Que no te casas? ¿Por qué?

BLAS. Porque me entró una cuartana  
y un frio de Barrabás,  
y ya no me llamo Blas.

MARIA. ¿Qué dices?

BLAS. Me llamo andana.

MARIA. ¿Te atreverás á dudar  
de mi honor immaculado?

CONDE. (Casi me ha puesto en cuidado

- BLAS. su manera de negar.)  
Escuché y todo se oyó,  
¿entiendes?
- MARIA. ¿Qué?  
CONDE. (Ahora lo entiendo,  
es que el otro estaba oyendo.  
¡Toma! Bien decía yo.)
- MARIA. ¡Y al ir contigo al altar,  
me haces tú á mí tal afrenta!
- BLAS. Maria, hay aqui una cuenta  
que es necesario aclarar.  
Ya ves, que á mí no me halaga  
el meterme en una secta  
donde encuentre una indirecta  
en cada peine que yo haga.  
¿Y uno es receloso, estás?  
Y uno escucha ciertas frases.
- MARIA. Dilas.  
TER. (Al oído de Blas.) Antes no te cases,  
mira bien lo que haces, Blas.
- BLAS. Luego eso sale á la cara  
y da mucho que entender.
- CONDE. (¿Quién había de creer  
que ese imbécil escuchara?)
- MARIA. A tu cariño perdono,  
Blas, la ofensa que me has hecho,  
porque creo que tu pecho  
te habla muy alto en mi abon o.  
Mas si llegase á ser tal  
la desgracia que me acecha,  
que pueda mas tu sospecha  
que mi alma pura y leal,  
pronto Ernesto va á venir,  
y oírás en su acento honrado  
la noble voz de un soldado  
que es incapaz de mentir.  
Y al alejar de improviso  
la sospecha que en tí labra,  
recogerás la palabra  
si te pesa el compromiso.
- BLAS. (¿A que me va á convencer  
de que yo no oigo ni veo?)

- ¡Y el caso es que yo la creol!  
CONDE. (¡Lo que sabe una mujer!)  
MARIA. ¿Qué respondes?  
BLAS. ¡Qué se yo!  
TER. Esas son marrullerías. (A Blas.)  
MARIA. Ya en mi palabra no fías.  
BLAS. Mucho.  
CONDE. Ya le convenció.  
MARIA. ¿No ves en la frente mía  
la inocencia que me escuda?  
Ernesto viene, sin duda  
es el cielo quien lo envía.

**FINAL MÚSICO.**

DICHOS y MARQUES.

- MARIA. Ernesto, hermano mio,  
venid y hablad por Dios,  
con torpes imposturas  
se ultraja aquí mi honor.  
MARQ. ¿Quién es el atrevido  
que ofende tu opinión?  
MARIA. El conde es quien lo dijo  
y Blas lo repitió,  
que vos me deshonraстеis,  
que vos mi amante sois.  
MARQ. ¿Vos, conde?  
CONDE. (Bajo al marqués.) Se lo dije  
hablando aquí los dos,  
y el novio, que es un bruto,  
oculto lo escuchó.  
BLAS. Yo solo he repetido  
lo que escuché al señor.  
MARIA. Vos que el decoro del alma mía  
desde la infancia recordareis,  
con vuestro acento tal villanía  
á fuer de hermano desvaneced.  
MARQ. Al noble aliento de mi hidalguía  
no en vano, niña, pides sosten.

- Si á tu inocencia, pobre Maria,  
le falta amparo, yo lo seré.
- CONDE. Vaga sospecha, negra y sombría,  
me viene el alma á oscurecer:  
si su visita no fué á Maria,  
¡viven los cielos! él dirá á quién.
- BLAS. Vaga entre dudas el alma mia:  
¿á quién al cabo debo creer?  
¿cómo es posible que esa Maria  
siendo tan bella falte á su fé?
- TER. Quedas lucido, Blas, á fé mia,  
si en su inocencia vas á creer:  
todo eso es pura marrulleria;  
verás qué bueno te va á poner.
- CORO. Tan negra infamia, tal villania  
no es capaz ella de cometer.  
Es imposible, pobre Maria,  
que su alma encierre tanta doblez.
- 
- MARQ. Delante el mundo entero  
declaro por mi honor,  
que á esa pobre niña  
el conde calumnió.
- CONDE. (¡Qué escucho! ¡luego entonces!..)  
Pues diga, vive Dios,  
¿á quién de ver salisteis  
á guisa de ladron,  
mancebo, cuando anoche  
mi ronda os arrestó?
- MARQ. Señores, tal pregunta...
- CONDE. En ella va mi honor.  
*(En este momento se abre la ventana con celosia del pabellon y el público verá asomar por bajo de la celosia la punta de una manteleta, que supone haber detras una mujer.)*
- MARQ. (¡Qué miro! ¡Cielos, ella!)
- CONDE. Decidlo, ¡vive Dios!
- MARIA. Hablad en mi defensa.
- MARQ. (Qué horrible situacion.)
- CORO. Hablad, señor, decidlo.

- MARQ. (Vacila, cae...) ¡Oh!  
TODOS. Hablad.  
MARQ. ¡De ver á esta!  
MARIA. ¡Ah! (*Cae sin sentido.*)  
MARQ. ¡Perdon, gran Dios, perdon!  
CONDE. Un vértigo insensato  
la vista me cegó.  
CORO. Que vaya en mal hora,  
que expie la infiel  
su negra perfidia,  
su torpe doblez.  
La tierra á sus plantas  
espinas le dé,  
y el pan que comiere  
se vuelva de hiel.  
MARQ. (Perdona, Dios mio, si al ver la que quiero  
obré con la infamia de un mal caballero,  
si al ver moribundo al ángel que amé  
mis nobles blasones yo mismo pisé.  
Primero que su honra yo cubra de duelo,  
que escupan mi rostro la tierra y el cielo.  
Si aqui desesperado  
sin honra vivo ya,  
la fosa del soldado  
la guerra me dará.)  
CONDE. La causa del escándalo  
quisiera remediar,  
portéme como un vándalo,  
me duele su pesar.  
CORO. No debe hallar la pérfida  
no debe hallar piedad,  
en duelo eterno y lágrimas  
expie su maldad.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

El teatro representa el jardín ó huerto de Teresa. Pequeño cuerpo de casa saliente, con ventana al público á piso llano, y puerta á la escena.

### ESCENA PRIMERA.

*Coro de jardineros y jardineras.*

- HOMB. No há lugar á dudas,  
dijolo el marqués,  
y cuando él lo dice  
bien lo ha de saber.
- MUJ. Pues decimos todas,  
que no puede ser.  
Nunca en casa entró,  
nunca se le vió,  
ha llegado acá  
poco tiempo há,  
ni ella así faltó,  
ni se rinde así.
- HOMB. Opto por el sí.
- MUJ. Opto por el no.  
Ni al ir á vender  
la ha venido á ver,  
ni al ir á comprar  
la ha venido á hablar.

- Ella le trató  
siendo niña así.
- HOMB. Opto por el sí.
- MUJ. Opto por el no.
- Cuando uno intenta tener amores  
comienza siempre comprando flores,  
nos llaman dulces y encantadoras  
y á todas horas nos va detras:  
y entonces una, si es compasiva,  
á sus miradas no se hace esquivar  
se hace un esfuerzo, segun él obre  
para que el pobre no sufra mas.
- HOMB. Y al darle flores, si es guapo y rico,  
le dais por pico alguna mas.
- MUJ. Podeis ir todas, con Barrabás.
- MUJ. El otro al menos es muy galante,  
da gusto el verle tan arrogante,  
y Blas, un tonto de capirote,  
tan brusco y zote, y así, tan Blas.  
Y entre dos mozos, uno tan guapo  
y el otro feo como un guiñapo,  
dirá cualquiera, puesta en el potro,  
que vale el otro mil veces mas.
- HOMB. Siempre que sea cambiar de amante,  
lo haceis vosotras á cada instante;  
no hay quien os gane á caprichosas,  
pues veleidosas sois por demas.
- Con un regalo, con cualquier trapo  
os pone blandas un mozo guapo,  
y á Blas y á todos dejais sin bodas,  
podeis ir todas con Barrabás.  
(*Se van riñendo.*)

## ESCENA II.

BLAS, TERESA.

- BLAS. Hija, me vas persiguiendo,  
eres mi genio del mal:  
subo la escalera, subes,

- bajo, te vienes detras.  
¿Te has empeñado en qué rabie?
- TER. No, te quiero consolar.
- BLAS. Pues tienes unos consuelos...
- TER. Si te amarga la verdad...
- BLAS. Bien, pues no deben decirse verdades que saben á... mas vale callar. Es cierto que yo he sido un animal, pero si tiene unos ojos, y es tan bonita y tan... tan... Anda, ya toco el tambor, vamos, si estoy incapaz.
- TER. El caso es, que eso nos trae un descrédito moral; al fin esta es una casa de comercio... y...
- BLAS. Claro está: pero no de ese comercio.
- TER. Tú la debes despreciar y no hacerla ningun caso, y en cuanto ella vuelva acá escápate como un ciervo.
- BLAS. No mientes ese animal, todas las comparaciones son odiosas.
- TER. ¡Pobre Blas si no te vengas!
- BLAS. ¡Canastos! sí que me voy á vengar.
- TER. Si no, vas á ser la fábula del barrio y de la ciudad.
- BLAS. Luego, soy cabo segundo... mi posicion oficial... estoy por casarme.
- TER. Eso, eso, ¡y qué envidia le dará!
- BLAS. ¿Verdad que le dará envidia? ¿Y si me vuelve á pasar?
- TER. Busca una mujer prudente, que tenga formalidad.
- BLAS. ¿Y dónde está la que tenga

- todo eso?
- TER. ¡Toma! mil hay.  
Mira que ella fué educada  
como hija de un general,  
y así que fueras su esposo,  
te iría á domesticar.
- BLAS. Eso es lo que ya iba haciendo.
- TER. Lo que te conviene, Blas,  
sobre todo, es una esposa  
sin educacion.
- BLAS. Cabal.
- TER. ¿Quieres casarte conmigo?  
¡Ay! Deja que piense.
- BLAS. ¡Quiá!  
Si no me dices que sí,  
salgo calle arriba y zas,  
me caso con la primera  
que quiera matrimoniar.  
Y no ha de faltar alguna,  
que en esta tierra las hay  
para surtir media España,  
sin contar las que se van.  
Si quieres, toca. (*Alargándole la mano.*)
- TER. Si toco.
- BLAS. Vente, vente: ¿Qué te da?
- TER. No vuelvas la cara allí.
- BLAS. ¿Por qué? ¡Ah! (*Volviéndola.*)
- TER. Ya dijo ¡ah!

### ESCENA III.

DICHOS, y <sup>M</sup>MARIA.

- TER. ¿A qué vienes aqui mas  
despues de mi órden expresa?
- MARIA. Blas, haz que calle Teresa:  
vengo á hablar contigo, Blas.
- BLAS. Despues de un trueno tan gordo,  
no has de extrañar mi de spego.
- MARIA. Mírame.

- BLAS. Me he vuelto ciego.
- MARIA. Óyeme.
- BLAS. Me he vuelto sordo.
- MARIA. Por mas que esten ofendido s,  
es en los hombres deber  
no negará la mujer  
los ojos, ni los oidos.  
Si no calmo tus enojos,  
si no te convenzo, Blas,  
juro no molestar mas  
tus oidos, ni tus ojos.
- BLAS. ¿Qué me podrás tú decir  
que baste á calmar mi enfado,  
despues que habló aquel soldado,  
que es incapaz de mentir?
- MARIA. Pues mintió sin compasion,  
y yo me atrevo á esperar  
que mi inocencia ha de hallar  
un eco en tu corazon.  
¿No sabes que si manchara  
ni aun con la idea tu honor,  
no tendria yo valor  
para mirarte á la cara?  
Tu alma te lo dice asi,  
y cree, Blas, que no yerra,  
por mas que el cielo y la tierra  
se vuelvan hoy contra mí.  
Tu puedes darme el honor  
dando á mi palabra fé,  
y yo te consagraré  
toda una vida de amor.
- BLAS. Despues de lo sucedido...
- MARIA. ¿No me crees? ¿Tienes miedo?  
Por Dios, Blas.
- BLAS. Hija, no puedo,  
yo ya estoy comprometido,  
y á otra mujer ofrecí  
de mi cariño el tributo.
- TER. No te ablandes, no seas bruto. (Ap. á Blas.)
- BLAS. Que es muy amable, eso si.
- TER. Cierto; y es temeridad  
venir á rogarle ahora...

- MARIA. Basta de insultos, señora,  
recobro mi dignidad.  
Su palabra recobrando  
salvaba mi honra perdida,  
y porque mi honra es mi vida  
pedí mi vida llorando.
- BLAS. ¡Ay, ay, que llora hilo á hilo!  
Hija, entremos en razon.
- TER. No la creas, esas son  
lágrimas de cocodrilo.
- MARIA. ¿Será cierto que los dos  
me escuchais?
- TER. Si, con desden,  
y te echamos de aquí.
- MARIA. Bien,  
en todas partes hay Dios.
- TER. Y á tu padre he de escribir  
cuanto aquí pasó.
- MARIA. Señora,  
matad á mi padre ahora,  
yo nada puedo decir.  
¡Pobre viejo! Si su honor  
nunca ha de ver á cubierto,  
¿qué vale la vida? Muerto  
estará mucho mejor.
- TER. Vámonos, Blas.
- BLAS. ¡Y yo oí  
todo esto con rostro enjuto!...  
soy muy héroe, ó soy muy bruto.
- TER. Blas, tú eres digno de mí.  
(Tomándole del brazo.)

#### ESCENA IV.

MARIA.

Si en los umbrales donde la vida  
empieza á todos á sonreír,  
mi pie lastiman tantas espinas,  
¡pobre alma mia, cómo seguir!  
Si en vano imploro, ¡ay misera!

piedad en derredor,  
si en vano exhala súplicas  
rasgado el corazón,  
volad al cielo, lágrimas  
á que os enjугue Dios.  
Hasta el ingrato á quien el alma  
su fé primera le consagró,  
pagó el cariño de nuestra infancia  
con la mentira y el deshonor.  
De cielo y tierra, ¡ay misera!  
abandonada estoy,  
en un inmenso páramo  
mi vida se trocó.  
Volad al cielo, lágrimas,  
á que os enjугue Dios.

### ESCENA V.

MARIA, MARQUES.

MARIA. ¡Él! (*Va á marcharse.*)  
MARQ. Maria.  
MARIA. Huyo de vos.  
MARQ. Y yo á buscarte venia.  
Óyeme por Dios, Maria,  
oye por amor de Dios.  
MARIA. ¿Qué tengo ya mas que oír  
ni qué tengo mas que ver,  
si mi dicha os ví romper,  
si os he escuchado mentir?  
MARQ. Maria, por compasion.  
MARIA. ¿Qué os hice ¡me vuelvo loca!  
para que de vuestra boca  
saliese mi perdicion?  
¿Qué demonio hay que os inspira  
el miserable deseo  
de conquistar un trofeo  
á costa de una mentira?  
¿De qué sirve á vuestros pies  
hecho pedazos mi honor?  
Para tan fiero rigor,  
¿qué os hice, señor marqués?

- Si no os basta el haberme hecho  
tanto mal, si ver mi llanto  
os halaga tanto y tanto,  
vedle, ya estais satisfecho.
- MARQ. ¡Oh! si mi sangre pudiera  
tu triste llanto enjugar,  
por no mirarte llorar  
toda mi sangre vertiera.  
Tú no sabes el tormento  
en que mi pecho batalla,  
aunque tú calles, no calla  
en mi alma el remordimiento.  
Yo no tengo techo amigo,  
que tan desdichado soy,  
que donde quiera que voy  
va la desdicha conmigo.  
Tú, pobre niña, perdida,  
eres la blanca azucena  
que brotó en la seca arena  
del desierto de mi vida,  
y por lo mismo ¡ay de mí!  
por lo mismo hizo el destino  
que te hallase en mi camino,  
y te pisé y te perdí:  
alzó un muro entre los dos  
mi infamia, yo lo confieso;  
quiero morir, y por eso  
te doy el último adios.
- MARIA. (¡Morir!) ¿Qué decís, señor?
- MARQ. Al irme al rey á servir  
podré con honor morir.
- MARIA. ¿Y yo vivir sin honor?
- MARQ. Adios, toma. (*Le da un pliego.*)
- MARIA. ¡Oh Dios! yo muero.  
(*Lo abre y lee para sí.*)
- MARQ. Maria, por Dios, Maria...
- MARIA. ¡Tal insulto! ¿Todavía  
no fué bastante el primero?  
Me haceis una donacion  
para pagar la honra mia,  
cual si fuese mercancia  
que se vende en un pregon.

- Es inútil ese empeño:  
me la pudisteis robar,  
mas no la podeis comprar,  
que no la vende su dueño.
- MARQ. No me abrume tu desprecio.  
MARIA. Cuando vuelva deshonrada  
de mi padre á la morada  
quereis que le lleve el precio:  
pues bien, sola, abandonada,  
y pobre y escarnecida,  
ni nací para vendida  
ni sirvo para comprada.  
(*Lo arroja con desprecio.*)
- MARQ. Está bien, cuando yo muera...  
MARIA. ¡Morir, otra vez morir!  
MARQ. Nada tengo que añadir  
á mi voluntad postrera.  
Adios, Maria.
- MARIA. ¿Os marchais?  
MARQ. Mi destino se cumplió.  
Adios para siempre.
- MARIA. No,  
yo no quiero que murais,  
y vos no querreis partir  
sin volverme la honra mia.
- MARQ. Hay un secreto, Maria,  
que no te puedo decir.
- MARIA. ¿Y así mi hermano responde?  
MARQ. Maria, yo te prometo...  
MARIA. ¿Posponeis mi honra á un secreto?  
MARQ. Pues bien, sabe...  
MARIA. Hablad.  
(*En este momento entra el conde.*)
- MARQ. ¡El Conde!  
(¡Y yo iba á venderlo ya!)
- CONDE. Otra vez juntos los dos.  
MARIA. Continudad.  
MARQ. No puedo, adios. (*Váse.*)  
CONDE. ¡Y qué encaprichado está!

ESCENA VI.

MARIA, el CONDE.

- CONDE. ¡Se marchó sin saludar!  
¡Voto vá!... tiene razon,  
mi maldita indiscrecion  
es la que ha dado lugar.  
¡Tambien tú vuelves la cara?  
Oye, muchacha, Maria,  
hija, yo no presumia  
que nadie nos escuchara.  
Yo no creí que el peñero  
tuviese malicia... ni...  
Vamos, le miraba asi...  
como á un animal casero.
- MARIA. Ese lenguaje atrevido...
- CONDE. Chica, no he dicho una coma  
que pueda ofenderte. ¡Ah! toma  
esto que se te ha caido.  
¡Cáspita! una donacion  
de todos sus bienes: ¿ves?  
eso me gusta, el marqués  
tiene muy buen corazon.  
Le has dado en medio del ojo,  
y esto toma ya buen giro.
- MARIA. Señor conde, lo que tiro  
una vez, no lo recojo.
- CONDE. ¿Qué, has tirado eso?
- MARIA. Si tal.
- CONDE. ¿Sabiendo lo que era?
- MARIA. Si.
- CONDE. Tú te entenderás: á mí  
me parece que haces mal.
- MARIA. Soy sobrado delicada  
para llegar á ese punto.
- CONDE. Bien, hija, yo no pregunto,  
yo nunca pregunto nada.  
Esa es siempre mi estrategia:  
pero en lo que al marqués hace,  
creo que te satisface

- y de una manera régia,  
premiando así á la que adora...
- MARIA. Señor conde, el marqués miente.  
Soy inocente.
- CONDE. ¿Inocente?  
(¿Habr  quien escuche ahora?)  
Por si nos pueden oir, ...  
bajo la voz.
- MARIA. ¿Qué me importa?
- CONDE. Si   la larga     la corta  
se habia de descubrir.  
¿Crees que murmuracion  
  su gusto no tuvieron  
los que, como yo, le vieron  
al bajar de mi balcon?
- MARIA. ¿Del vuestro?
- CONDE. Del mio, si,  
y alli   diez pasos su coche.
- MARIA. ¿Pues no sabeis que esta noche,  
señor, no he dormido alli? (Pausa.)
- CONDE. ¿Me quieres   mi embromar?  
Chica, ya es grave ese asunto,  
y yo que nunca pregunto  
ahora empiezo   preguntar.  
Maria...
- MARIA. (¡Gran Dios!)
- CONDE. Ahora  
te pregunto, y no estás muda.
- MARIA. (Ahora recuerdo... ¡Ah! no hay duda,  
amaba   mi protectora.)
- CONDE. Dime, tú lo has de saber,  
d melo, ¡voto   mi nombre!  
¿conque bajab  aquel hombre  
del cuarto de mi mujer?
- MARIA. (¡Tengo mi vida en un hilo!)
- CONDE. ¿Conque ella le tiene amor?
- MARIA. Tranquilizaos, señor.
- CONDE. Si, chica, si estoy tranquilo.  
Dime: ¿conque fu  él all   
  introducirse con dolo?  
¿conque entonces soy yo solo  
el que en ridiculo est ?

¿conque me han hecho servir  
de juguete ambos á dos?

Habla, habla, ó ¡vive Dios!..

MARIA. Señor, no sé qué decir.

CONDE. ¡Ah! yo le impondré castigo.

(*Saca el libro de memorias y escribe rápidamente.*)

Marqués, por mal caballero

y falso amigo, os espero

para mataros conmigo.

**CANTO.**

(*Mientras el conde acaba de escribir y cierra la esquila.*)

MARIA. (Ap.) ¡De Ernesto la existencia

se va á arriesgar por mí,

por mí, mi bienhechora

sin honra va á morir!

CONDE. Preciso es que con sangre

se lave tal deslíz.

MARIA. Oídme, señor conde,

por Dios.

CONDE. No quiero oír.

(*Blas, Teresa y coro desde la ventana.*)

CORO. ¿Qué es esta baraunda?

A ver qué pasa aquí.

MARIA. ¿Por qué obligar

á una mujer

á confesar

su poca fé?

CONDE. ¿Qué dices?

MARIA. Digo...

CONDE. ¿Acaba, qué?

MARIA. Que yo falté,

que yo obré mal,

pero el amor

me hizo faltar.

Que no lo sepa el aire,

callad por Dios, callad!

CONDE. Yo siento aun

frio mortal,  
con qué valor  
sabe negar.

Mil gracias, y no temas,  
ni el aire lo sabrá.

BLAS, TER. y CORO. Todo se oyó (*Desde adentro.*)

no hay que dudar,  
ya confesó  
que es criminal.

Quién hay que al contemplarla  
creyera tal maldad.

CONDE. Y yo tan inocente (*Rasgando el papel.*  
que todo lo creí.

Caramba con la niña,  
si sabe y si es sutil;  
con todo y ser yo un lince  
me engaña casi á mí.

BLAS, TER. y CORO. Sal de aqui, sal, (*Saliendo.*)

mujer engañadora,  
no puedes ya  
negar tu infamia ahora;  
vete á llevar  
sin dilacion  
lejos de aqui  
tu deshonor.

MARIA. ¿Hay mas desdichas, cielo tirano,  
para lanzarlas á una infeliz?  
si el mundo entero es inhumano  
mi sacrificio llegue hasta tí.

Ten ¡ay! piedad  
de mi dolor,  
doy por entambos  
vida y honor.

CONDE. Su tierna edad  
da compasion,  
lástima tengo  
de su dolor.

CORO. Vete á llevar  
sin dilacion,  
lejos de aqui  
tu deshonor.

**HABLADO.**

- TER. Márchate al instante.  
CANDE. Quietos.  
A ver si nos arreglamos.  
¡Qué diablos! Todos estamos  
á una flaqueza sujetos.  
MARIA. (La Virgen santa me valga.)  
TER. Señor conde, no consiento  
que esté aqui un solo momento.

**ESCENA VII.**

*DICHOS y el MARQUES.*

- MARQ. Pues yo no quiero que salga.  
TER. ¿Cómo?  
CONDE. Basta ya de cisma.  
TER. Vos la defendeis, señor,  
despues que su deshonor  
ha confesado ella misma?  
MARQ. ¿Dónde y cuándo?  
TER. Al conde, ahora.  
CONDE. ¿A vos, señor conde?  
MARQ. Si.  
MARQ. ¿Tú, Maria?  
MARIA. Solo asi. (*Bajo al marqués*)  
salvaba á mi bienhechora.  
Nada le quedo á deber,  
toda mi deuda he pagado.  
MARQ. Tambien á mí me ha enseñado  
el camino del deber.  
CONDE. (*Esta muchacha le absorbe.*)  
MARQ. Mi mano y nombre la doy,  
y esta es, señores, desde hoy  
la marquesa de Segorbe.  
MARIA. ¡Yo!..  
CONDE. ¿Y haceis el sacrificio  
de un enlace desigual?  
MARQ. Con toda el alma.  
BLAS. ¿Eh, qué tal?

- le tenia vuelto el juicio.
- CONDE. Marqués, os pido perdon  
de haber dudado un momento  
por aquel descendimiento  
de anoche de mi balcon.  
A no haber dicho ella misma  
que fué por ella... cual dijo...  
MARQ. ¡Eres un ángel! (A Maria.)  
CONDE. De fijo  
hoy nos rompemos la crisma.  
MARIA. Ya no le podeis dudar.  
CONDE. Quise preguntar un poco  
y á poco me vuelvo loco:  
ya no vuelvo á preguntar.  
Torno á mi maña pasada,  
y doy á mi boca un punto.  
Señores, ya no pregunto,  
nunca mas pregunto nada.  
Vuestro padrino he de ser  
y pago comida y cena;  
y si está mi mujer buena,  
la madrina mi mujer.  
MARQ. Merecer tu estimacion  
á fuerza de amor espero.  
MARIA. ¿Para qué, si yo te quiero  
con todo mi e razon?  
Pregunta al alma, en que estás,  
si siempre tuya no ha sido.  
BLAS. (¡Y qué talento he tenido!  
¡De buena escapaste, Blas!)

**CORO.**

Cada uno tiene  
su cada una,  
y beberemos  
á su fortuna:  
todos salieron  
á cual mejor;  
con Teresa se casa el peñero  
y el marqnés con la que era su amor.

FIN DE LA ZARZUELA.

CENSURA DE TEATROS DEL REINO.

*La censura ha examinado esta zarzuela y no  
ve inconveniente en su representacion.*

*Madrid 10 de Noviembre de 1857.*—FER-  
NANDO COS-GAYON.

La censura de teatros del Reino  
 se encuentra en su respectivo  
 libro de los Reales de 1837 = 1837  
 de D. Cayetano

En el año de 1837 se publicó  
 un libro de los Reales de 1837  
 de D. Cayetano

En el año de 1837 se publicó  
 un libro de los Reales de 1837  
 de D. Cayetano

# CATALOGO

## de las obras Dramáticas y Liricas de la Galeria

### EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
Amor de antesala.  
Antes que te cases...  
Alarcon.  
Angela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar despues de la muerte  
Al mejor cazador...  
Achaque quieren las cosas,  
Amor es sueño.  
Achaques de la vejez.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por señas.  
Al pié de la letra.

Bonito viaje.  
Boadicea, *drama heróico*.  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenca.  
Bienes mal adquiridos.

Cañizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Castor y Polux.  
Con razon y sin razon.  
Cómo se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á cuchilladas.  
Costumbres políticas.  
Contrastes.  
Catilina.  
Cárlos IX y los Hugonotes.

Delirium tremens;  
Dos sobrinos contra un tío.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
De audaces es la fortuna.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Dos artistas.

El amor y la moda.  
¡Está loca!  
En mangas de camisa.

El que no cae... resbala.  
El Niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
El fin de la novela.  
El flántropo.  
Esperanza.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un ángel!  
Espinas de una flor.  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El Licenciado Vidriera.  
¡En crisis!!!  
El Justicia de Aragon.  
El Caballero del milagro.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
Echarse en brazos de Dios.  
El alma del Rey Garcia.  
El afán de tener novio.  
El juicio público.  
El sitio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El molino de la ermita.  
El corazon de un padre.  
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.  
El ue las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El hijo pródigo.  
El payaso.

Furor parlamentario.  
Faltas juveniles.  
Flor de un día.

Grazalema.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huésped.  
Herencia de lágrimas.  
Honra por honra.

Instintos de Alarcon.  
Indicios vehementes.

Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.  
Juan sin Tierra.  
Juan sin Pena.  
Jorge el artesano.

Los Amantes de Chinchon.  
Lo mejor de los dados...  
Los dos sargentos españoles, ó  
la linda vivandera.  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un casero.  
La hija del rey René.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los éxtasis.  
La posdata de una carta.  
Llueven hijos.  
La mosquita muerta.  
La choza del almadreño.  
Los Amantes de Ternel.  
La Verdad en el Espejo.  
La Banda de la Condesa.  
La Esposa de Sancho el Bravo.  
La Boda de Quevedo.  
La Creacion y el Diluvio.  
La Gloria del arte.  
La Gitanilla de Madrid.  
La Madre de san Fernando.  
Las Flores de don Juan.  
Las Apariencias.  
Las Guerras civiles.  
Lecciones de Amor.  
Las dos Reinas.  
La libertad de Florencia.  
La Archiduquesita.  
Las Prohibiciones.  
La esenela de los amigos.  
La escuela de los perdidos.  
La bondad sin la experiencia.  
La escala del poder.  
La alegría de la casa.  
Las cuatro estaciones.  
Las mujeres de mármol.  
La vida de Juan Soldado.  
La llave de oro.  
La Providencia.  
Los tres Banqueros.  
Las huérfanas de la caridad.  
La cruz en la sepultura.

La niña iris.  
La pluma y la espada.  
La Vaquera de la Finojosa.  
La flor del valle.  
Los pobres de Madrid.  
Libertinaje y pasión.  
Libertad en la cadena.

Mi mamá

Mal de ojo  
Mariana Labarú.  
Martin Zurbano.  
Mocedades!

Negro y Blanco.

Ninguno se entiende, ó un hom-  
bre tímido.  
Nobleza contra Nobleza  
No es oro todo lo que reluce.

Olimpia.

Pescar a río revuelto.

Piensa mal y errarás.  
Pobreza y honra.

Alumbra á este caballero.

A última hora.  
Angelica y Medoro.

Buenas noche, vecino.

Claveyina la Gifana.

Cupido y Marte.

Escenas de Chamberí.

Por un reloj y un sombrero.

Por ella y por él.

Por una hija...

Para heridas las de honor, ó el  
desagravio del Cid.  
Por la puerta del jardín.

Rival y amigo.

Su Imagen.

San Isidro (*Patron de Madrid.*)

Suenos de amor y ambicion.

Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos.

Traidor, inconfeso y mártir  
Trabajar por cuenta ajena.  
Todos unos.

Ver y no ver.

Verdades amargas.

Un Amor á la moda.

## ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.

El Grumete.

El calesero y la maja.

El Vizconde.

El perro del hortelano.

El secuestro de un difunto.

El lancero.

Guerra á muerte

Juan Lanas.

Una conjuracion femenina.

Un dómine como hay pocos.

Un pollito en calzas prietas

Una idea feliz.

Un Huesped del otro mundo.

Una venganza leal.

Una coincidencia alfabética.

Una noche en blanco.

Un anuncio en el Diario.

Una ráfaga.

Una llave y un sombrero.

Una mentira inocente.

Una mujer misteriosa.

Una lección de córté.

Una falta.

Un páje y un caballero.

Una broma de Quevedo.

Un si y un no.

Una Virgen de Murillo.

Una aventura de Tirso.

Una lágrima y un beso.

Una lección de mundo.

Una mujer de historia.

Zamarrilla, ó los Bandidos de  
la Serranía de Ronida.

La litera del Oidor.

La noche de ánimas.

La familia nerviosa, ó el negro  
omnibus.

Las pedas de Juanita.

Los dos Flamantes.

La vergonzosa en palacio

La Dama del Rey.

La Colegiata.

La Jardinera.

Mateo y Matea.

La Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,  
cuarto segundo de la izquierda.